

para explicar sus contradicciones, paradojas y mitificaciones, las derivadas de los nacionalismos, de los regionalismos, de la poesía como expresión del alma de un pueblo, etc., y las desarrolladas en las políticas autonómicas, desde la región al pueblo, desde el nombre de las calles a los hijos predilectos, desde las publicaciones a los premios literarios. Desde el romanticismo, Hegel y el '98, como ánimas en pena, los espíritus siguen rondándonos, incluso de manera pegajosa tras la constitución de las autonomías.

Por otro motivo además interesa aquí Don Quijote, y esto también al margen del auténtico sentido histórico de los personajes y de la novela cervantina. Románticos y realistas hicieron del Caballero de la Triste Figura símbolo de la lucha entre el espíritu y la materia y del enfrentamiento entre individuo y realidad social. El quijotismo se equiparó a los sueños transcendentales y se reutilizó de esquema narrativo tanto en novelas como Rojo y Negro, Madame Bovary, como en las interpretaciones del héroe de la novela moderna desde Lukács y Goldman hasta K. Girard. De aquí deriva el sentido figurado de los símbolos elegidos para analizar la poesía de Brotóns.

Esquemáticamente, Don Quijote es tanto que signo de la verdad interna, de la verdad poética y moral que difícilmente podrá realizarse en la vida cotidiana y en la realidad social; Don Quijote como imagen del yo que sale a la calle para expresarse hasta que finalmente es derrotado; su muerte como resultado de la identificación plena entre la aventura caballeresca y la vida auténtica. Un chivo expiatorio. Sancho, representación de lo material, de lo cotidiano, del pragmatismo social, y sobre el que intenta incidir el espiritualizado altruismo de Don Quijote. Transformar la vida desde la óptica del vitalismo que sostiene la poesía de Brotóns implica la metamorfosis del escudero. Por último Dulcinea, la genial creación cervantina de un personaje que casi no existe, como personificación del "rayo de luna" becqueriano, de la especular imagen de la belleza, como justificante de los esfuerzos del héroe. No hay caballero sin dama, ni poeta, en la línea ideológica de Brotóns, sin creencia en la belleza. Sueño de la mente, idealización, metamorfosis de Aldonza en la sin par Dulcinea, fundamento, una vez más, de la vida y de la poesía.

Que duda cabe que todo es mero esquema retórico para entrar en la poesía de Brotóns, y esto desde nuestra creencia en el significado objetivo del texto literario, a pesar del relativismo crítico actual y a pesar de la vigente creencia romántica que confiere un sentido "sagrado" o "imaginario" a la poesía. Cualquiera de estas variantes depara la imposibilidad de la crítica y desemboca en la idea de que la naturaleza, el "sueño" de Dios, puede conocerse, pero no las "pesadillas" de la mente humana. Y aquí actividad poética y crítica literaria se dan la mano. Obvio, la literatura y la crítica literaria han caminado de forma paralela y sólo la separación será indicio del comienzo de una teoría adecuada y objetiva de la literatura. Si en última instancia cualquier literatura y cualquier crítica acaba por llevarnos a Kant o al romanticismo no resulta difícil concluir que nos movemos casi circularmente en la misma unidad de tiempo, en la misma unidad ideológica. Los "límites del formalismo" y su variante más productiva, la estilística, con sus consabidas apelaciones últimas al misterio de la creación estética, la crítica como mera escritura o glosa en la que deriva cierto estructuralismo, el relativismo de la estética de la recepción o de la "teoría" de la deconstrucción, apuntan hacia el mismo lugar. Claro, que un lugar ya conocido. Ya se había dicho hace tiempo que la literatura era producto de la sensibilidad, del espíritu, reducto impenetrable de la imaginación.